

HAN, Byung-Chul: *El aroma del tiempo. Un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse*, trad. cast. Paula Kuffer, Herder, Barcelona, 2015, 168p.

Es común afirmar que la vivencia del tiempo parece, con la modernidad, sufrir una aceleración. En *El aroma del tiempo* Byung-Chul Han analiza esta sensación de existir a gran velocidad sirviéndose para ello de autores como Heidegger, Proust o Arendt, señalando de este modo que, antes que de un incremento en el ritmo del tiempo moderno debería hablarse de una “atomización” del mismo: no existe ya un espacio entre un instante y el siguiente, es decir, no hay duración, y ello es así porque ahora el tiempo carece de orientación, de sentido, de dirección. La modernidad, por tanto, más que una aceleración consiste en una pérdida del elemento que cohesiona el tiempo, que le da una forma unitaria, un significado. El fin de las narraciones, de los metarrelatos, dimensión que para Han define el momento presente, provoca una dispersión del mundo como totalidad, por lo que cada objeto deviene desconectado, efímero, incluso la propia identidad personal. Es esta situación la que lleva a Han a atender a la diseminación, a la desintegración del mundo, comprendiendo que la vivencia de una aceleración del tiempo no es más que uno de sus síntomas.

El tiempo suele comprenderse como secuencia de instantes, tal y como sucede en el modelo newtoniano. Ahora bien, esto implica una indistinción cualitativa entre ellos, por lo que son valorados como semejantes, deviniendo el tiempo, por tanto, poco más que el paso de una actualidad a otra, simple sucesión, censurando así cualquier posibilidad de duración, de permanencia: el tiempo es, aquí, una avalancha de instantes que no disponen de sostén alguno, de conducción. Como señala Han, al no disponer de sujeción, de unidad, de dirección, el tiempo no puede, propiamente, acelerarse,

---

Recibido: 28/05/2016. Aceptado: 12/06/2016.

es decir, “llegar antes” a un destino del que carece. En la existencia moderna esto viene a señalar que aquél ideal de vivir apresuradamente para disponer de un mayor número de experiencias constituye, verdaderamente, una confusión entre la abundancia y la consumación, entre la enumeración y la narración. Por tanto, lo que históricamente se ha venido comprendiendo como aceleración del tiempo moderno se muestra ahora como simple desorientación, confusión, sinsentido. Esta inquietud, esta vida de tropiezos, como señala Han, tiene una de sus causas en la pérdida o distanciamiento de los dioses, el tiempo de miseria heideggeriano, pues éstos no actúan ya más como narradores de la historia, ya no le confieren un principio y un final, un sentido. El tiempo ahora secularizado es una línea recta en el que el presente no es sino transición, punto de paso en un vector.

Al no ser el tiempo moderno capaz de duración, el intervalo que existe entre un acontecimiento y el siguiente es un instante vacío, aburrido, insulso, por lo que estos interludios deben ser acortados, distanciando así la quietud. Han considera, al contrario que Baudrillard, que no es la aceleración *per se* la causante de la desorientación humana, sino que es la pérdida previa del sentido quien exige la aceleración de la historia entendida como sucesión de acontecimientos. Un instante en el que nada sucede es ahora tiempo muerto, perdido: cada segundo debe, por tanto, dedicarse a una tarea, a un actividad, al progreso. Como señala Han, esta teleología garantiza cierta sensación de unidad de sentido en la temporalidad que permite a los hombres orientarse existencialmente; sin embargo, es con el inicio de la *posmodernidad* cuando este horizonte ordenador se disuelve y los hombres se abandonan al vagabundo ajetreado y nervioso, al *zapping*. El tiempo posmoderno imposibilita la duración, bien sea a través de la sucesión instantánea de la tecnología a través de la obsolescencia programada, bien a través del mercado de las novedades y las modas. Sin embargo Han, siguiendo en este punto a Lyotard, considera que la condición posmoderna permite una “experiencia particular del Ser” en la que éste se muestre en su desnudez, descarnado, independiente del sentido y de la cosmovisión que le impondrían una forma, un sentido preestablecido: sólo así podrá vivenciarse el acontecimiento pleno, libre de la imposición narrativa. Esta experiencia del instante sería, por tanto, incapaz de tematización, un *sinsentido*, el puro “*Da-*” inconsciente, un alma sin espíritu. Esta perspectiva, para Han, se distancia profundamente del pensamiento heideggeriano donde, pese a existir una rebelión contra la desintegración del tiempo en mera sucesión de instantes, se pretende una *resolución* del sí mismo, construyendo

así una instancia narrativa fundamentada en el arrojo a la muerte propia. No obstante, Han señala también que, paulatinamente, Heidegger toma distancia de sus primeras consideraciones y se encamina, tras la *Kehre*, hacia un estado de *serenidad*, hacia una *vida contemplativa* no orientada por una perspectiva concreta, sino capaz de la demora en lo que se entrega, en lo donado. Y es esta comprensión hacia la que quiere dirigirse Han.

Ahora bien, tal y como muestra en *El aroma del tiempo*, la contemplación, la detención, es irrealizable si se habita en un mundo fundamentado en la aceleración de los instantes, como es el actual. En este período la pausa no constituye más que un descanso, un momento para la recuperación de la fuerza de trabajo, y no una verdadera duración. En este sentido, parece evidente la tarea de hallar una nueva existencia en la que la contemplación no sea tan sólo una relajación pasiva y estática, sino que, como el dios aristotélico, sea actividad que reposa en sí misma. En definitiva, resulta imprescindible, para que sea posible una duración, habitar en un mundo donde el trabajo no imponga su forma a toda la existencia, donde la *vida activa* no se oponga a la *vida contemplativa*; en definitiva, donde el trabajo sea un medio a través del cual ganarse la vida y no una forma de comprender la totalidad de la existencia.

Byung-Chul Han considera que incluso los pensadores críticos con el capitalismo, como el propio Marx, para quien el hombre es un *animal laborans* que encuentra su realización en el trabajo, han censurado la posibilidad de cualquier tipo de vida contemplativa, es decir, de demora, de duración. El ideal del marxismo es, de este modo, una sociedad constituida por la clase trabajadora, y nada más que la clase trabajadora, activa, productiva; resulta evidente aquí la imposibilidad de una vida contemplativa. Esta idealización o preeminencia de la vida activa se encuentra también en la obra de Arendt, para quien la demora no es más que una paralización nociva y dañina para la esencia del hombre, que es siempre y fundamentalmente producción. Han considera que, en definitiva, esta perspectiva que comprende la esencia del hombre como necesidad de actividad productiva es poco más que el ideal romántico de la creación de lo sorprendente, el heroísmo del tiempo nuevo, de la irrupción de lo innovador e imprevisible. Esta agitación hiperactiva, esta inquietud cegada en la vida activa imposibilita la vida contemplativa que habita en un tiempo, que proporciona una duración, que no pretende ser productiva ni útil económicamente. El pensamiento en el mundo de la industria y de la producción no puede ser más que cálculo, linealidad, interés, algo completamente opuesto a la *praxis* contemplativa,

que Han comprende como un dejar que las cosas acontezcan sin imponerles una forma y un ritmo preestablecidos, viviendo así un tiempo humano, y no una existencia mercantil, hiperactiva y esquizofrénica.

En conclusión, Byung-Chul Han presenta en *El aroma del tiempo* un sugerente análisis del pensamiento contemporáneo en torno al tópico de la vivencia acelerada del tiempo presente, señalando que la causa profunda y verdadera del ritmo frenético de la actualidad es la pérdida de sentido, de unidad, provocada por la primacía de una actividad ciega, instrumental, meramente productiva y capitalista que se ha desvinculado de toda reflexión y contemplación teórica, que tan sólo busca réditos económicos. De este modo, de no producirse un cambio de perspectiva que disuelva la oposición entre la “vida contemplativa” y la “vida activa”, de no darse un cambio en el sistema, los hombres continuaremos viviendo desorientados, dando tumbos en un mundo que nos adelanta a cada instante, que nos resulta cada vez más incomprensible e inalcanzable. Es necesario, por tanto, detenerse, dar tiempo al pensamiento, dejar que el mundo se presente tal y como es, demorarse en los aromas de la vida, dar una duración a los acontecimientos.

Pablo B. Sánchez Gómez